

La economía de la mujer campesina bajo el enfoque de género



FOTO: Agustín Portablimo.

De acuerdo con César del Pozo, del Centro Bartolomé de las Casas, ningún gobierno regional o local considera una perspectiva intercultural —y menos de género— en las políticas que implementa, y asumen que la unidad agropecuaria es conducida por un varón que, además, habla castellano.

Los estudios sobre género y producción agropecuaria no son tópicos que suelen cruzar caminos con frecuencia. Los resultados de dos estudios presentados en esta mesa de investigación muestran que el desbalance de género en el campo es tan o más fuerte que en la ciudad y se revela en diferentes dimensiones. ¿Cómo esta situación afecta la economía de las mujeres productoras? ¿Cuáles son los mecanismos subyacentes que

explican las diferencias que los estudios muestran? A continuación, se busca dar respuesta a estas interrogantes.

Uno de los ámbitos poco abordados por la investigación académica en temas de género en el Perú, es el de la producción agropecuaria. Precisamente, ese es el tema que trató la mesa de investigación “Agricultura, asociatividad y género”. En este espacio, se expusieron

los resultados de dos investigaciones. La primera fue *Selección de cultivos: un análisis desde el enfoque de género aplicado al caso cusqueño*, de Diana La Riva y Denisse Castillo, del Grupo de Análisis para el Desarrollo (Grade).

El objetivo de este estudio es comprender cómo los factores de género afectan las decisiones agrícolas, valorar el aporte de las mujeres en el manejo de recursos naturales y dar cuenta de la “feminización” de la agricultura, en base a

1/ Los expositores de esta mesa de investigación fueron Diana La Riva y Denisse Castillo, del Grupo de Análisis para el Desarrollo (Grade); y César del Pozo, de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina) y el Centro Bartolomé de las Casas (Cusco). Los comentarios estuvieron a cargo de los economistas Patricia Fuertes, investigadora de la PUCP, y Eduardo Zegarra, investigador de Grade. La moderación de la mesa estuvo a cargo de la antropóloga María Amelia Trigo, coordinadora de proyectos del CIES.

“Las productoras sin pareja también resultan ser menos proclives a dedicarse a los cultivos que demandan mayor tecnificación o que son más propensos a plagas, dado que requieren de mayor inversión para su producción, a pesar de que estos cultivos son muchas veces los más rentables”.

los datos censales, sostuvo Denisse Castillo. Para poder estudiar el impacto del género en diferentes espacios rurales, se trabajó con grupos de familias considerando el sexo del productor o productora principal en la sierra y en la selva, en la región Cusco.

En uno de sus hallazgos más contundentes, el estudio revela cómo, mientras los hombres se benefician del fácil acceso a

la mano de obra no asalariada local, que se transmite a través de la figura social andina del *ayni* —que consiste en un intercambio de prestación de servicios de mano de obra entre individuos para obras concretas como la cosecha en la parcela familiar—, las mujeres productoras sin pareja no gozan de la misma facilidad. Ello se debe a que su participación en estas actividades se ve limitada, dado que, generalmente, demandan gran esfuerzo físico. En consecuencia, explicó Diana La Riva, las mujeres sin pareja se ven obligadas, en mayor medida que sus pares masculinos, a pagar por la mano de obra que necesitan, lo que impacta negativamente en su productividad y rentabilidad.

Las productoras sin pareja también resultan ser menos proclives a dedicarse a los cultivos que demandan mayor tecnificación o que son más propensos a plagas, pues requieren de mayor inversión para su producción, a pesar de que estos cultivos son muchas veces

los más rentables. Este contexto, sumado al limitado acceso al crédito y otros recursos físicos y financieros, no permite que las mujeres trabajen en igualdad de condiciones que sus pares varones. La situación es especialmente delicada en la selva, en donde las investigadoras pudieron comprobar que los cultivos más importantes de la zona —cacao y café— generan algunas barreras para la participación femenina, por los altos costos de mano de obra e inversión en equipos que se requieren para su procesamiento.

Las autoras recomiendan a las autoridades prestar especial atención al sector de mujeres sin pareja, en particular las de mayor edad (principalmente por viudez), pues es uno de los segmentos sociales más vulnerables del campo peruano y no está siendo directamente atendido por las políticas públicas. “Se requieren políticas focalizadas en ellas”, señalaron las autoras, enfatizando que los aportes del estudio pueden



FOTO: Agustín Portolano S.

Entre los resultados del estudio presentado, Diana La Riva, investigadora de Grade, sostiene que las mujeres sin pareja se ven obligadas, en mayor medida que sus pares masculinos, a pagar por la mano de obra que necesitan, lo que impacta negativamente en su productividad y rentabilidad.



Sobre los estudios presentados, Patricia Fuertes, de la PUCP, subrayó que ambos han encontrado que hombres y mujeres del campo deciden de manera diferente. Las mujeres tienden a sembrar productos de menor rentabilidad o están menos orientadas al mercado. En ese sentido, sugirió dar mayor importancia a analizar el uso del tiempo.

ser útiles para el Plan Nacional de Igualdad de Género, especialmente en zonas rurales.

EL CARÁCTER MULTIDIMENSIONAL DE LA BRECHA DE GÉNERO

La investigación *Brechas de género en la agricultura peruana*, de César del Pozo, de la Universidad Nacional de La Plata (Argentina) y el Centro Bartolomé de las Casas (Cusco), se basó en información censal y encontró una brecha de género muy amplia desde el enfoque de género —aun mayor para hogares monoparentales—. De acuerdo con Del Pozo, los hogares agrícolas encabezados por mujeres tienen 42% menos tierras de cultivo y 21% menos unidades de ganado respecto a hogares con jefatura masculina. “Estas brechas de género se explicarían porque las mujeres tienen menos acceso a la tierra, menor tenencia de activos y equipos, y

“Los hogares agrícolas encabezados por mujeres tienen 42% menos tierras de cultivo y 21% menos unidades de ganado respecto de hogares con jefatura masculina. Estas brechas de género se explicarían porque las mujeres tienen menos acceso a la tierra, menor tenencia de activos y equipos y menos acceso al crédito productivo”.

menos acceso al crédito productivo”, señaló el autor. No sorprende saber que cuando se añade el factor del idioma, la brecha se incrementa: las mujeres solas de lengua materna indígena son doblemente penalizadas. En ese sentido, explicó Del Pozo, las brechas de género en áreas rurales tienen un carácter multidimensional.

La situación de vulnerabilidad económica y social de las productoras agropecuarias es más preocupante porque, según encontró el estudio, la participación femenina en la agricultura se ha incrementado en el tiempo (la llamada “feminización” de la agricultura). Esto se manifiesta en el crecimiento del número de los hogares monoparentales, así como en la creciente participación femenina en hogares biparentales.

¿Qué explica la brecha? Principalmente, la distribución asimétrica de dotaciones (insumos, activos, recursos productivos), y en menor escala, la discriminación.

Entre las medidas necesarias para solucionar los problemas planteados por el estudio, el autor recomendó hacer un mayor esfuerzo en los futuros censos para diferenciar de la estructura familiar subyacente en los hogares rurales. También sugirió que Agrobanco y otras instituciones financieras podrían diseñar productos financieros adecuados

para estos grupos sociales, en la medida en que el acceso al crédito es más limitado para las mujeres, sobre todo para las que están solas y hablan una lengua indígena. Finalmente, sostuvo que ningún

gobierno regional o local considera una perspectiva intercultural —y menos de género— en las políticas que implementa, y asumen que el que conduce la unidad agropecuaria es un varón que, además,

habla castellano. Por ello, Del Pozo recomienda que, para que gobiernos locales y agencias del Ejecutivo sean más efectivos, se incorporen elementos de interculturalidad y de género.

COMENTARIOS

Entre los comentaristas, Eduardo Zegarra, investigador principal de Grade, destacó que ambos trabajos presenten preguntas de investigación interesantes, y se centró en sus retos metodológicos. Consideró un aporte significativo la división en hogares de mujeres con y sin pareja, que permite identificar problemas distintos para las mujeres rurales. En el estudio sobre adopción de cultivos, sin embargo, se estimaron relaciones económicas por separado para cada tipo de hogar, lo cual no permite evaluar con claridad comportamientos distintos entre hombres y mujeres, por lo que recomendó revisar la especificación. También sugirió a las investigadoras ampliar el rango de preguntas sobre las decisiones de los productores más allá de qué cultivos sembrar. “Creo que antes de analizar decisiones específicas de cultivos, el censo permite mirar decisiones más generales; por ejemplo, ganadería versus cultivo, subsistencia versus mercado, producción diversificada versus especializada, cultivos transitorios versus permanentes”, precisó. En su opinión, este análisis “ayudaría a identificar algunas diferencias de género clave en decisiones agrarias de importancia estratégica”.

Patricia Fuertes, economista y especialista en desarrollo rural de la PUCP, dijo que ambos estudios plantean preguntas clave. “En primer lugar, por qué es importante la igualdad de género en la agricultura, y en segundo lugar, qué factores explican la desigualdad y qué resultados se logran”, señaló. “Estas preguntas me parecen muy importantes y deberían estar formulándolas los hacedores de política”, añadió.

Fuertes sostuvo también que los estudios han encontrado que hombres y mujeres del campo deciden de manera diferente; por ejemplo, las mujeres tienden a sembrar productos de menor rentabilidad o están menos orientadas al mercado. La pregunta es por qué se dan estas diferencias. En ese sentido, sugirió dar mayor importancia a analizar el uso del tiempo. “No es que las mujeres no quieran sembrar cultivos más rentables, pero muchas veces no tienen el tiempo. Y esto es por la división sexual del trabajo: las mujeres realizan trabajo doméstico, el trabajo de cuidado del hogar. Así, el tiempo de las mujeres está mediado por el anclaje del hogar”, indicó.

Finalmente Fuertes recomendó analizar los sistemas de género que están compuestos de regulaciones, costumbres, leyes e instituciones (formales e informales) para comprender los determinantes de las brechas de género. “Uno de los estudios presentados encontró que el *ayni* era una regulación comunal de asignación de mano de obra, que en el caso expuesto, estaba operando como generador de brechas de género en la producción agrícola, colocando en desventaja a las productoras mujeres pues no pueden contar con esa fuente de mano de obra”, recordó Fuertes. “Ello ha tenido un impacto en lo que podían o no podía producir”, precisó.